

de los amantes de mi querida!... ¡Brindo también por el que falta... por el ausente... por Pedro Laurier!

Llevó el vaso hasta su boca. pero sin beber. Su mirada, vuelta hacia la azotea expresaba el espanto. Soltó un grito ronco y dió un paso atrás. Acababa de apercibir al que había evocado, á Pedro Laurier que subía con Davidoff las gradas de la escalinata y lleno de estupor lo miraba acercarse...

Cuando ambos aparecidos se detuvieron en el umbral de una de las puertas del comedor, Santiago hizo cierto ademán como para apartar aquella terrorífica visión. llevó la mano á su cuello cual si quisiera évitár la asfisia, y balbució con voz apenas perceptible:

—Pedro, ¿qué vienes á buscar aquí? ¡Bien sabes que no hay sitio para ambos en la tierra!... ¡Si tú vives es preciso que yo muera!

—¡Santiago!—exclamó Laurier, avanzando rápidamente con las manos extendidas.

Aquél procuró rechazar á éste; pero se cubrió de mortal palidez, y dejando oír un espantoso estertor, cayó en los brazos de su amigo.

—¿Ha muerto?—exclamó Berneville.—Es preciso llamar...

—¡Que nadie se mueva!—dijo Davidoff...—Vive y no necesitamos de ningún auxilio.

Echó un poco de agua en un vaso mojando

con ella las sienes del desgraciado joven, que suspiró.

De todas aquellas personas que se habían agrupado tumultuosamente en torno al paciente, Clemencia fué la primera que recuperó su sangre fría.

—¿Qué pretende usted hacer?—preguntó á Davidoff.

—Llevarme al señor de Vignes contestó el ruso.

Pedro avanzó un paso y parandose enfrente de Clemencia:

¿Piensas acaso oponerte á ello?—la dijo con frialdad.

La hermosa meretriz procuró ser audaz, levantó la vista del que la estaba hablando, y le vió tranquilo con expresión de desdén y tristeza en su rostro. Era el Pedro Laurier de los primeros días de sus amores, con la frente erguida, demostrando inspiración, con su apariencia veronil y la melancólica dulzura de su voz, que conmovió a Clemencia hasta lo más, recóndito de su ser. Quería mostrarse insolente; pero como una repentina humildad ablandara su corazón, dirigió al jóven una temerosa risa, y acercándosele:

—No es prudente partir así—dijo.—Vengan ustedes conmigo y los llevaré á donde puedan cuidarle con tranquilidad...

—Es inútil—replicó Pedro.—Ni él ni yo permaneceremos un momento más aquí.

—¿Por que?—preguntó Clemencia.—¿Somos pues, enemigos?

Con un gesto, Laurier señaló á Santiago que alentaba con trabajo en brazos de Davidoff, y dijo sin cólera, pero con gran firmeza:

—Te he perdonado el mal que me hiciste; pero jamás olvidaré el que le has ocasionado á él, Adiós.

Davidoff y Pedro cogieron, como si fuera un niño, a Santiago, siempre desvanecido, y le llevaron atravesando el jardín hasta el coche que los había traído.

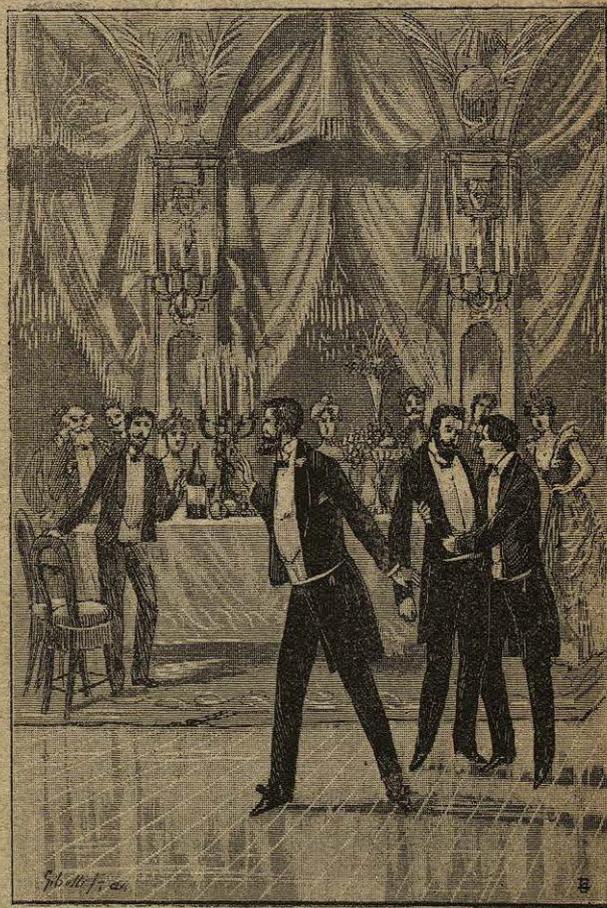
Apenas estuvieron afuera del alcance de la vista de aquellos vividores, todos recuperaron su presencia de ánimo:

—¡Ah! amigos míos—exclamó Burat—¡vaya un final de almuerzo!

—Han hecho bien en llevársele—repuso Faucigny—se ponía bastante fastidioso... Tengo horror á las personas que me promueven peripatéticas escenas en la mesa.

—De todos modos, ¿sabes, Clemencia, que los hombres que por tí se matan, gozan (como diría el célebre Tenorio de los españoles,) de buena salud?—dijo Duvernay.

La cómica, que había permanecido silenciosa, con la cabeza inclinada y pensativa,



— ¡Que nadie se mueva! — dijo Davidoff..

rompió de pronto el mutismo, y mirando á á sus convidados con ojos diabólicos:

—Cada cual dirá lo que le parezca de Pedro Laurier—exclamó—pero entre todos lo que se hallan aquí, ninguno vale lo que él...! Vaya, son cerca de las dós, vámonos á las carreras á ver si es la yegua de Selim la que llega la última á la meta.

.
.

Hacia tres meses que Pedro y Julieta estaban casados; la jóven había recuperado la salud y su marido, agobiado por los encargos, trabajaba sin descanso durante todo el día y pasaban las veladas al lado de la señora de Vignes y de Santiago. Este, lenta y seguramente marchaba hacia la tumba. Curado de su peligrosa locura, se había vuelto dulce y cariñoso como si quisiera hacer que los que le rodeaban olvidasen los tormentos que les había ocasionado, y ni una sola vez desde que sus amigos le trajeron á casa de su madre, se le había oído quejarse. Aceptaba el sufrimiento y hasta la muerte como una justa expiación de sus culpas.

Escuálido, con los ojos hundidos y los cabellos casi blancos, no era ni la sombra del hermoso jóven que á tantas lindas mujeres había trastornado; parecía un anciano. Ape-

nas se levantaba de la butaca, en donde en-
vuelta las piernas en una manta y con sus
largas y cadavéricas manos colocadas en las
rodillas, permanecía muchas horas pensativo,
mirando por la ventana con aire indiferente
á los que por la calle pasaban. Ni siquiera
accedía á salir en coche, para ir á respirar
con su madre el aire puro del Bosque de Bou-
logne, y cuando le advertían la necesidad de
pasearse, respondía.

—Es preciso tener un poco de coquetería y
no quiero dejarme ver tan débil y achacoso
por aquellos que me han conocido jóven y
lleno de vigor. Sal tú, querida madre; vete sin
mí, me contarás lo que hayas visto y me dis-
traeré sin fatigarme.

Su melancólico rostro no se iluminaba con
un rayo de alegría sino cuando veía á su her-
mana; no podía pasarse sin ella y disculpa-
ba su egoísmo cuando conseguía apartarla de
su marido, reteniéndola á su lado.

—Que me dispense—solía decir,—poco tiem-
po me queda para gozar de tu presencia y él
tiene toda la vida...

Un día le dijo:

—¿Te acuerdas, Julieta, de la azotea de
Beaulieu y de lo que hablamos allí cierto día?

La jóven se estremeció, horrorizándola aquel
recuerdo; quiso cortar la conversación para

evitar que su hermano evocara aquel triste
diálogo; pero él insistió con inusitada fir-
meza.

—¡Oh! esto me ocasiona un remordimiento
tan agudo que es preciso, querida hermana,
me libre de él á todo trance. Durante mis no-
ches de insomnio, pienso sin cesar en ello...
Es como si un veneno devorase mi corazón.
He sido muy culpable para contigo, tan dulce
y tan ingenua... ¡Oh! ¡mientras no me per-
dones, no gozaré de un momento de tranqui-
lidad!

—Pero ¿de que falta te acusas, hermano
querido?... Sentíamos los mismos pesares y
llorábamos juntos...

—¡No! no participaba de tus penas—dijo
Santiago en voz baja—pues mi dolor era una
hipocresía... Creía yo vivir con la vida de Pe-
dro y no sentía su muerte... ¡Oh! lo que estoy
diciendo es horrible: pero debo confesarte la
verdad... Tenía la certidumbre de que el dolor
te mataría y aquel dolor tuyo me ocasionaba
solamente un ligero descontento; ansiada nada
más que sostener mi vida de alegrías. Sí; he
sido un monstruo, he nabrigado el pensamiento
de que Pedro había muerto y de que morir-
ías tú también... ¡Pero qué era esto en com-
paración de la seguridad que había yo ad-
quirido de vivir?... Me he atrevido á confe-

sármelo así á mí mismo... ¡En verdad que el hombre es un ser muy miserable y muy cobarde!...

Sus mejillas habían tomado un vivo color sonrosado y repuso con voz entrecortada:

—De modo, que entre tu vida y la mía no titubeaba yo en sacrificar la tuya, y en vez de llorar al perdido amigo, me gozaba de ocupar su sitio... He tenido, hermana querida, un período de demencia... Davidoff acudió para curarme á un temible recurso: trató de probar el poder de la parte moral sobre la física y del espíritu sobre la materia. Quiso saber si la creencia arraigada de una idea podía producir resultados materiales, y como la experiencia ¡ay! se hizo en un ser débil y en una imaginación en extremo impresionable... produjo sobrado efecto. Como los milagrosos que fanatizaban antaño á las turbas, me dijo: «Estás curado; tienes en ti una existencia nueva; vive, pues.» Y tanta necesidad tenía yo de creer, que tuve fe en sus palabras; pero al precio de grandes aberraciones que transformaron mi carácter. Antes era yo bueno y cariñoso; me volví egoísta y feroz... y para olvidar, para imponer silencio á las protestas de mi conciencia, me entregué á la vida del calavera y al vicio... En mí existía un ser físico que obraba llevado por un torbellino de

furiosa locura y otro intelectual que protestaba gimiendo contra todos aquellos excesos. He vivido cerca de un año como un criminal que se da cuenta exacta de sus crímenes á medida que los va cometiendo, acusándose de ellos y condenándose á sí mismo... He aquí cuál ha sido mi existencia... Y el afán, querida hermana mía, de prolongar mi vida en ese infierno hacía que me alegrara de que Laurier estuviera en la eternidad y encontraba muy natural que fueras á reunirme con él... Pero con su justicia Dios ha intervenido; Pedro y tú viviréis y yo seré el que desaparecerá de este mundo...

—¡Santiago!—interrumpió la jóven, cogiéndole las manos y humedeciéndolas con sus lágrimas.

El moribundo alentó fuertemente, y con suprema gravedad, repuso:

—Dime que me perdonas mis culpas y que cuando no exista ya, conservarás un recuerdo y un sentimiento de piedad y de ternura, á favor de tu desdichado hermano.

—¡Oh! sí; te perdono, Santiago querido, y si lo digo, es porque exiges que mis labios pronuncien estas palabras, inútiles entre ambos; ya sabes que te quiero y que de todo corazón te absuelvo.

En los labios de Santiago, se dibujó una dulce sonrisa.

—Decididamente—dijo—las mujeres son mejores que los hombres.

—Pero, hermano mío, Dios permitirá que vivas.

El enfermo movió tristemente la cabeza y acordándose de su agostada juventud y de su perdida salud, murmuró:

—¡Para que!

Luego su fisonomía variando de expresión, añadió con enternecida voz:

—Además, no es posible ya, porque ahora eres tú quien posee el alma de Pedro.

Seis semanas más tarde, el otoño tocaba á su fin, llevando consigo las últimas hojas de los árboles y toda la familia salió para el Mediodía. Volvieron á ver llenos de tristeza la villa de Beaulieu, el bosque de pinos y de tuyas y la bahía con sus rojos arrecifes, en donde las olas se rompían susurrando. Santiago pareció reanimarse un poco: pero recayó pronto más débil y más triste: y una noche, sin agonía y rodeado por todos los que le amaban, exhaló el último suspiro.

Reposa en la colina, á la sombra de los naranjos, mecido por la brisa odorifera y en la piedra de su tumba se lee:

SANTIAGO DE VIGNES

DIOS TENGA EN GLORIA SU POBRE

ALMA DOLORIDA.

FIN.

